

BIBLIOGRAFIA

LIBROS

UBIETO ARTETA, ANTONIO: *Colección diplomática de Pedro I de Aragón y de Navarra*, Zaragoza, 1951. 505 págs.

Ya en otras ocasiones nos hemos referido a esta notable tesis doctoral de Ubieto Arteta, que obtuvo el premio extraordinario de doctorado en 1950; ahora, la Escuela de Estudios Medievales la ha editado con todo esmero en grueso volumen, de nutrida lectura, ilustrada con numerosos fotograbados. Este estudio es el resultado de varios años de tenaces y fructíferas investigaciones. Ubieto Arteta ha recorrido gran número de archivos españoles en busca de documentos del rey aragonés, logrando encontrar muchos inéditos y revisando pacientemente los ya publicados; de esta forma ha logrado reunir la *Colección diplomática de Pedro I*, obra que bien podemos considerar como definitiva en su aspecto documental, pues creo que será difícil que los archivos nos deparen ya hallazgos de interés. El autor ha efectuado un concienzudo análisis de los documentos, que le ha permitido rechazar por falsos varios de ellos, señalando en el diplomatario estas falsificaciones con tipos destacados para evitar posibles errores. Dentro de ella, incluye, además de los documentos emitidos por el rey y su cancillería, otros que responden a intervenciones más o menos directas y personales del monarca y que tienen gran interés para el estudio de una serie de temas jurídicos.

Pero la labor de Ubieto Arteta no se ha limitado solamente a la publicación de la *Colección diplomática*, sino que ha estudiado también las facetas más importantes de aquel reinado: la figura de Pedro I, la Reconquista, las relaciones exteriores de Aragón y de Navarra y el itinerario real. El autor ha utilizado con agudeza las noticias documentales y las que suministran las crónicas, sobre todo, la Navarro-aragonesa, la Pinatense, la Crónica General y la de Saint Maixent. Con tan segura base, ha podido trazar magistralmente las grandes líneas de aquel reinado, interesante por más de un concepto. Claro es que, muchas veces, por falta de documentos, el autor se ve obligado a moverse en un terreno puramente conjetural, pero aun en estos casos lo hace con indudable soltura.

Daríamos a esta reseña una extensión desmesurada si analizásemos con el detenimiento merecido cada uno de los puntos que interesan a la historia altoaragonesa. Sobre algunos de ellos, la muerte del rey don Sancho y el asedio de Huesca, es posible que el autor vuelva a insistir en sus puntos de vista en estas páginas. Otros extremos muy importantes son también los relativos a relaciones entre Aragón y los condados catalanes, que Ubieto Arteta examina con detenimiento y perspicacia, y el dedicado a Pedro I como rey de Sobrarbe y Ribagorza, que se refiere a un momento muy interesante del desenvolvimiento del Estado aragonés. Acompañan al estudio y al diplomatario, copiosos índices que facilitan su manejo.

En el prólogo, el autor anuncia el estudio completo del reinado de Pedro I, estudio que habrá de abarcar el problema de la territorialización del derecho aragonés, la producción agrícola, la ganadería y la posible aparición de la trashumancia, el arte, la religión, la repoblación y las escasas manifestaciones literarias que han llegado hasta nosotros.

En suma, la tesis doctoral que comentamos, por su riqueza documental, por las sagaces observaciones que la avaloran y por su acertada crítica merece un lugar destacado entre las producciones historiográficas aragonesas.—*F. Balaguer.*

ARCO, RICARDO DEL: *El claustro monacal de San Juan de la Peña*. Zaragoza, 1952. 37 págs.

Lleva este opúsculo el número 2 de los «Cuadernos de Arte Aragonés», pulcra colección que edita la Institución «Fernando el Católico» (C. S. I. C.) de la Diputación Provincial de Zaragoza. Aun siendo característica fundamental de esta serie la parte gráfica, Ricardo del Arco nos da en catorce páginas de texto una síntesis enjundiosa de la historia del monasterio pinatense y de sus aspectos y episodios más significativos: vida monástica, caballeros de San Juan, el santo Cáliz, influencia del cenobio en la política del Reino, principales dependencias del recinto.

Ocupa la mayor extensión, de acuerdo con el título de la obrita, la descripción del famoso claustro, obra excepcional, como se sabe, por carecer de bóveda o techumbre. Expone sucintamente el señor Del Arco las teorías de Serrano Fatigati y de Kingsley Porter, pero sin abandonar su personal punto de vista, según el cual dicho claustro pertenece al primer tercio del siglo XII. Describe minuciosamente los capiteles, explicando su ornamentación y sus motivos que tanta relación guardan a veces con la historia de la cultura (por ejemplo, el arado empuñado por Adán, o el vestido del siglo XII de Eva hilando). Dedicó asimismo unas líneas a las dos capillas existentes en el claustro y a las inscripciones.

La excelente calidad del papel utilizado en estos cuadernos permite la mayor precisión y finura en las ilustraciones. Veinte grabados componen la sección gráfica del que comentamos: una vista de conjunto del claustro y diecinueve capiteles. Con estos manuales realiza indudablemente la Institución «Fernando el Católico» una preciosa labor, encomendada a personas de firme solvencia, para la divulgación de los tesoros artísticos derramados por las tierras aragonesas.—*Miguel Dolç.*

MIRACLE, JOSEP: *Verdaguer amb la lira i el calze*. Barcelona, Aymà, 1952. 443 págs. con 68 láminas.

No sé si J. Miracle ha dicho la última palabra—que a menudo sólo es de Dios—en los diversos aspectos que presenta la personalidad humana y literaria de Verdaguer. El cincuentenario de la muerte del autor de *L'Atlàntida* ha suscitado a su paso una rica floración de estudios, monografías y libros. Y toda ella, desde luego, bajo un clima ardiente de polémica: prueba, en rigor, de la firme vitalidad de un nombre, del que no puede apoderarse, pese a los esfuerzos más aviesos, la red de la leyenda.

Lo incuestionable, creo yo, después de leer dos veces *Verdaguer amb la lira i el calze*, es que Miracle ha dicho, sin rebozo y sin temor, «su» palabra. Esta independencia de criterio, tratándose de una complejidad biográfica tan impenetrable como la de Verdaguer, merece por sí sola nuestra reflexión y nuestra gratitud. Los biógrafos de Verdaguer, pasándose de unos a otros, no la antorcha de la luz, sino la caja de Pandora, han repetido hasta la saciedad inexactitudes, incoherencias, desatinos. Hay que poseer una enorme lucidez mental, hay que estar muy seguro de sí mismo, para entrar en esta «selva selvaggia» sin perder la cabeza. Sin embargo, es de todo punto inexcusable exponerse una y otra vez a este riesgo apenas lo aconseja o permite una circunstancia histórica.

Ya sé que no todos aprueban, en un afán de discreción y piedad, esta sumersión en la vida íntima de las grandes figuras fallecidas, particularmente cuando éstas revisten dignidad sacerdotal. ¿Qué se gana, empero, con mantener lejano e inaccesible un mito? No se trata de lapidar sombras gloriosas o de criticar hechos humanos ya cancelados por la muerte. La autenticidad del talento no puede verse empujeñecida ante la realidad, por dura y lastimosa que ésta sea, del hombre. Es lícito someter a análisis estas figuras contradictorias, de las que ya se ha apoderado la historia, para establecer el balance entre su vida y su obra. Con frecuencia es, incluso, necesario. He aquí el caso de Verdaguer.

Todo el libro de J. Miracle, modelo de tacto, documentación, delicadeza y clarividencia, está presidido por este criterio. Alguien podría sospechar, desde las primeras páginas, al ver la minuciosa diligencia que el autor dedica a un problema secundario, el de la casa natal del poeta, que J. Miracle vaya a inscribirse en el círculo de aquellos «dantómanos» de que hablaba Papini, capaces de investigar la longitud de la melena del león, de contar todos los pelos de su cola, pero no de ver, en toda su extensión, la poderosa majestad del coloso. Precisamente J. Miracle no pierde nunca de vista esta grandeza al estudiar cada una de sus vertientes y al revisar los secretos de cada uno de los pliegues de su existencia. Y ello, aun sabiendo que Verdaguer es una figura que quema apenas se la toca. Si a los cincuenta años de su muerte han desaparecido las barricadas y los contendientes, el gran muerto sigue esperando la aurora que invocaba en la oscura noche de sus *Flors del Calvari*. La atmósfera es aún apasionante; la problemática, en no pocos aspectos, tan difícil como hace medio siglo.

De aquí, el carácter psicológico que Miracle ha conferido a su ensayo: sólo tiene éste de biografía la exposición cronológica de los problemas que en sus diversas etapas plantea la historia de Verdaguer. La distinción rigurosa entre mito y realidad forma sin duda el núcleo de esta experiencia psicológica. Es casi imposible no sustraerse aquí a la omnimoda influencia del mito, que tanto puede nacer de la oposición como del diti-rambo: sólo gracias a aquél, se puede sentir arrobamiento ante el místico y juzgarlo a un tiempo loco y hereje en su conflicto con la mitra. Hay que considerar en su conjunto el complejo proceso biológico y literario de Verdaguer; al segregar una sola de sus facetas—como su pretendida precocidad vocacional o su innegable complejo de cobardía—, intentando llevarla hasta sus últimas consecuencias, se llega inevitablemente a la deformación y a la simple necedad.

Miracle no puede ser arrastrado por esta corriente cuando conjuga, como punto de partida de su teoría, todos los elementos verdaguerianos, sin dejarse llevar por ningún tópico ni por la fuerza aparente de una afirmación universalmente aceptada. Subraya básicamente el desdoblamiento de la personalidad de Verdaguer, compuesta de timidez y de orgullo, su extraordinaria naturaleza poética frente a su incapacidad escolar, y aun la dualidad dramática existente entre el «cura» y el «sacerdote», que nunca consigue anular su primitiva índole campesina, agresiva e indómita.

Este procedimiento, nunca violento, puede explicar no sólo una larga serie de contrasentidos que acusan a cada paso su vida y su obra literaria, sino también los juicios opuestos de sus contemporáneos, que lo convierten gratuitamente en santo o en espiritista. Aun la misma tragedia de sus últimos años—sobre la cual quizá sólo Dios podrá decir la última palabra—, es decir, el escándalo religioso más vasto de nuestra tierra durante el crepúsculo del siglo XIX, revela, colocado bajo esta luz, que no es superficial sino penetrante, algunos rincones de su enigma. Guiado por estas normas, Miracle nos ha ofrecido un libro excepcional en los anales de nuestra historiografía: un libro escrito con objetividad implacable, con documentación estrictamente seria, desde un punto de vista elevado y siempre digno, un verdadero monumento, en suma, literario y humano a la gloria de Verdaguer, que ninguna circunstancia podrá eclipsar.—*Miguel Dolç.*

FERNÁNDEZ GALIANO, MANUEL: *Heródoto*. Nueva versión directa. Barcelona, Editorial Labor, 1951. 231 págs. + 1 retrato.

Ya en otras ocasiones nos hemos referido a las características de la colección «Clásicos Labor», cuyo número 12 corresponde al presente volumen, confiado a Manuel Fernández Galiano, catedrático de Filología griega en la Universidad Central. Previamente estudia éste la vida de Heródoto (8 págs.), ateniéndose sólo a los hechos que parecen relativamente más fidedignos, dado el estado de incertidumbre que reina, como suele ocurrir con casi todos los escritores clásicos, sobre los principales sucesos de la existencia del historiador griego. No se refiere, por consiguiente, a la conocida leyenda según la cual Heródoto leyó su obra en los Juegos Olímpicos, teniendo entre los espectadores a Tucídides, un muchacho entonces; ni a la versión de su fallecimiento en la corte macedónica de Pela. Debido al carácter divulgador de estos manuales, se excluye la documentación, así como la discusión sobre diversos problemas no solucionados aún por los científicos.

Sigue la exposición de la única obra que poseemos de Heródoto, las *Historias*. Sobre los valores histórico y literario de la misma el señor Fernández Galiano señala los rasgos más importantes. Con respecto a la traducción, advierte él mismo que ha intentado «reproducir en lo posible el estilo de Heródoto con toda su sencillez y despreocupación estilística, incluso en sus repeticiones, anacolutos y enlaces o giros faltos de agilidad o malicia literaria».

Siete fragmentos de las *Historias* integran esta selección, cortada a menudo por oportunas y eruditas notas explicativas en letra pequeña: Cresos y Ciro, historias de Egipto, historias orientales, la rebelión jónica, Maratón, el Artemisio y las Termópilas, Salamina y Plateas. Como apéndice de la obra va un estudio sobre la pervivencia de Heródoto, a partir del mismo Tucídides, los gramáticos alejandrinos y la época romana. Describe el autor los manuscritos herodoteos existentes en España y las más antiguas ediciones del historiador. Especial atención dedica a la influencia, no muy amplia ni intensa, ejercida por éste en las letras españolas y a las diversas traducciones parciales y a la única completa, la del jesuita expulso don Bartolomé Pou.

El volumen concluye con una nota bibliográfica, en que se reseñan las principales ediciones críticas, las ediciones comentadas, los estudios generales sobre Heródoto y los especiales sobre diferentes temas, como Egipto, las guerras médicas o el mundo oriental. Gran cuidado ha desplegado el señor Fernández Galiano en la exacta transcripción de los nombres tanto griegos como orientales, con lo cual poseemos desde ahora una larga lista de correcciones dignas de la mayor consideración.—*Miguel Dolç*.

MAGARIÑOS, ANTONIO: *Desarrollo de la idea de Roma en su Siglo de Oro*. Madrid, 1952. 218 págs.

Como núm. 6 de su «Colección Cauce» ha publicado este volumen el Instituto «San José de Calasanz» de Pedagogía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Libros de tal naturaleza, ambiciosos, pero amenos y vivos a un tiempo, son más bien raros entre nosotros, que solemos contentarnos con adaptar o traducir lo que se produce en otros países. De aquí, el mérito indiscutible de la presente publicación, fruto maduro de la extensa labor de investigación realizada por Antonio Magariños en las diversas vertientes de la antigüedad clásica: un libro, en suma, digno de ser señalado con piedra blanca en los anales de nuestra bibliografía.

A través de quince capítulos recorre el autor el camino de la gran crisis del pueblo romano, que comienza en el encuentro de Roma con Grecia y se desarrolla hasta Augusto, en que llega a una «especie de concreción definitiva». El mismo autor expone

en el «resumen» final el esquema de su pensamiento. Distingue en aquel encuentro tres actitudes: la de la aversión radical, representada por Catón (cap. II); la de la aceptación condicionada, en cuanto la teoría de Grecia podía sustentar el quehacer romano, posición adoptada por el círculo de Escipión (c. III); la de sometimiento, encarnada por Lucrecio y Catulo (c. V y VI). Gracias a la segunda actitud se implanta el Estoicismo en Roma, el cual actúa de aglutinante entre las opuestas tendencias y asegura la superioridad política de Roma. Pero la estabilidad política se tambalea al sobrevenir la crisis de la oligarquía; las guerras sociales (c. IV) son el tributo que Roma paga para su tránsito de ciudad-*polis* a ciudad helenística. Sila no consigue conjurar la crisis, aunque echa los cimientos de una concepción monárquica, visible en los Gracos y en Pompeyo, que parece exigir la nueva condición de ciudad capital del imperio, de la gran Roma que surgía. Cuatro capítulos (VII-X) van dedicados, en rigor, al período ciceroniano, dentro del cual se instalan Catilina y César, el primer triunvirato y la guerra civil. En Cicerón la concepción de la estabilidad de la Roma de Polibio se transforma en la de la eternidad de Roma, «no como feliz destino, sino como misión perdurable»; por él lo romano adquiere una definición consciente. César (c. XI-XII) pretende dar la debida importancia a Roma frente a las provincias, pero, atraído por Cleopatra, orientalza el naciente imperio, amenazando de muerte la *uirtus Romana*. La habilidad, en fin, de Augusto (c. XIII), secundado por la literatura (c. XIV-XV), se convierte en símbolo de la plenitud y de la misión de Roma en el mundo.

Trata, por consiguiente, el señor Magariños de reducir simplemente la historia romana a una gran lucha entre el modelo griego que quiere imponerse y el pueblo romano que defiende su personalidad. Esta intención le obliga a limitar su labor a una parte de la historia de Roma, «que es realmente la que abarca la época de sus mayores inquietudes y de la gran cristalización de la Roma amorfa, de inmensas posibilidades, en la grandiosa Roma que quedó a la muerte de Augusto». He aquí el Siglo de Oro de una historia que no se ha repetido. Y el autor se queda al fin de él, sin bajar por la trágica pendiente de la decadencia. Su relato adquiere en no pocos aspectos un tono apasionado, esmaltado por un estilo rápido y una expresividad incisiva. Si a ello se añade la sabia utilización de los textos clásicos y de las obras modernas más significativas, es fácil comprender la extraordinaria valía de su aportación al conocimiento de uno de los momentos más dramáticos de la historia humana.—*Miguel Dolç*.

MARTÍNEZ BARA, JOSÉ ANTONIO: *Archivo Histórico de Huesca. Catálogo de fondos genealógicos*. Madrid, 1952. 139 págs.

Esta publicación, debida a nuestro paisano don José Antonio Martínez Bara, funcionario facultativo del Archivo Histórico Nacional, es una de las guías de Archivos y Bibliotecas que publica la Dirección General. El autor es conocido por su catálogo de *Títulos del Reino y Grandezas de España*, del que van publicados dos tomos. Como contribución al primer Congreso Ibero-Americano de Archivos, Bibliotecas y Propiedad Intelectual, ha formado el catálogo de los expedientes de limpieza de sangre de los opositores a familiaturas y becas de los Colegios Imperial y Mayor de Santiago y Real de San Vicente de la Universidad de Huesca, merced a los expedientes contenidos en los legajos 153 a 158, que se conservan en depósito en el Archivo Histórico Provincial de esta capital. Al catálogo precede una breve guía de este Archivo, donde se custodian los fondos existentes de dicha Universidad, y da a conocer su historia, vicisitudes y características. Después de la serie alfabética de los expedientes y sus referencias, va un índice geográfico de los lugares de naturaleza de los opositores, seguido de la relación alfabética de los mismos. Va asimismo una breve reseña histórica de los citados Colegios Mayores.

Más detalles sobre el Archivo Histórico Provincial los ha dado María Asunción Martínez Bara, su directora, en el núm. 4 de esta revista ARGENSOLA (I, 363-368).

Labor muy meritoria la del señor Martínez Bara. Con esta su nueva obra presta un servicio valioso a los investigadores.—*Ricardo del Arco.*

TORRALBA, FEDERICO: *Real Seminario de San Carlos Borromeo de Zaragoza*. Zaragoza, 1952. 74 págs. + 48 láminas.

El profesor de Arte de la Universidad de Zaragoza, Federico Torralba, ha escrito una monografía sobre el Real Seminario de San Carlos de aquella ciudad, muy bien editada por la Institución «Fernando el Católico», publicación número 2 de la serie «Monumentos de Aragón». Esta serie pretende, y lo consigue, divulgar el tesoro artístico aragonés, y por esto el texto es corto, y la ilustración gráfica alcanza valor casi preferente. El primer volumen ha sido dedicado a la iglesia de San Pablo. La de San Carlos ofrece un ejemplo perfecto de decoración barroca, puede decirse único hoy en los territorios de la antigua Corona de Aragón, y de armonía poco común. Después de una introducción en la cual se traza el proceso histórico de esta fundación de tantas vicisitudes, ideada, a lo que parece, por San Francisco de Borja, el autor pasa a describir los elementos todos del templo y del colegio, con inclusión de las pinturas, esculturas y biblioteca, ésta muy importante en fondos antiguos. Siguen siete apéndices históricos y artísticos. El Colegio corresponde al barroco aragonés de ladrillo, y puede tomarse como muestra tipo y como documento, pues han desaparecido la mayor parte de las construcciones análogas. Las fotografías son buenas y acertadamente escogidas.—*Ricardo del Arco.*

ARTIGAS, JOSÉ: *Séneca*. Madrid, C. S. I. C., Instituto «San José de Calasanz» de Pedagogía, 1952. 259 págs.

Una de las figuras más atrayentes de la filosofía española es, sin duda, Séneca; por ello no es extraño que su investigación haya tenido estudiosos en todos los tiempos y que la tradición senequista forme parte de la riqueza cultural española y a ella haya que referirse al interpretar muchas de las obras de nuestra literatura. Pero Séneca no es tan sólo un escritor cuajado de sentencias morales y de buen sentido; es también, y sobre todo, un filósofo de cuerpo entero. Los sabios consejos senequistas tienen la impronta de una filosofía profunda y ascética que Artigas se propone mostrar con su libro.

La principal característica de esta filosofía es la tensión hacia la trascendencia, una tensión que, partiendo de la situación personal, trata de conquistar la firmeza divina e incluso la consistencia científica. Al lado de esta nota hay que añadir la de la problematicidad. Como toda tendencia estoica, el contenido no se incrementa con el análisis de los fenómenos naturales, ni se profundiza en el conocimiento del universo, sino que toda ella gira alrededor de los problemas antropológico-morales, con base metafísica.

La filosofía no es en Séneca un sistema ordenado de temas más o menos fundamentados en razones, ni es tampoco una conquista lograda en afán especulativo, sino más bien reflexión que trata de apuntalar y dar seguridad al propio vivir humano.

Artigas, en su tesis doctoral, que aquí nos ofrece, hace un estudio en el que gradualmente van dilimitándose los contornos de la doctrina que Séneca dejó dispersa a lo largo de sus escritos. Después de una presentación general del contenido, Artigas

divide su trabajo en tres partes. En la primera examina con pruebas, entresacadas de los escritos senequianos, los problemas fundamentales que servirán más tarde para delimitar la noción de la filosofía. Estos problemas se refieren principalmente al concepto del hombre, examinado a la luz de las dos coordenadas: naturaleza y temporalidad; de la pérdida de la vida cuando se disipa en el exterior o cuando se asfixia en el propio cuidado; y de la esencia del fracaso que Séneca sitúa en el temor, el cual es a su vez la fuente de la esclavitud.

Como solución a la caída, la liberación está en el hombre mismo, al penetrar sobre sí y vivir según la naturaleza. Solución ésta plenamente estoica que conduce a la actitud estable y definitiva del alma, en donde se encuentra la virtud y en definitiva la felicidad.

La segunda parte entra ya de lleno en el análisis de la filosofía de Séneca. Ella es la gran avenida que conduce a la sabiduría, al mismo tiempo que con su conquista se logra la solución de la vida. Mas la filosofía no es una liberación perfecta, ni la trascendencia absoluta, sino más bien un esfuerzo que se proyecta hacia ellas. Al lado de este aspecto práctico, la filosofía presenta en Séneca un aspecto fundamentalmente teórico con principios supremos que la sitúan por encima de todas las artes.

En la tercera parte hace el autor una valoración del contenido filosófico senequiano: primeramente, como arte, y luego, como ciencia, sacando la conclusión de que el pensamiento de Séneca no se queda en un filosofar entrecortado e inconexo, llegando a constituir una verdadera filosofía. El soporte de esta filosofía está en la fisura de la situación personal, llena de inquietud, en constante situación inestable y de cara hacia una meta inaccesible. En definitiva, dos notas delimitan el contorno de la filosofía de Séneca: problematidad y ascetismo.

La obra del señor Artigas, como se ve, de contenido denso, ofrece un aspecto nuevo del filósofo cordobés de gran mérito.—E. Martínez Torres.

PEREDA DE LA REGUERA, MANUEL: *Santillana del Mar y Altamira*. Santander, 1952. 78 páginas, con fotograbados y un plano.

El autor ha publicado importantes estudios sobre arquitectura en general y arquitectura de la Montaña santanderina. En esta obra ofrece indicaciones históricas depuradas y descripción minuciosa de la famosa villa señorial Santillana del Mar, con sus numerosos monumentos, en especial la Colegiata románica, joya del arte castellano. Es una guía del turista, pero no al uso, sino con solvencia histórica y artística. Gran cantidad de fotograbados, de conjuntos y de detalles (es curiosa la serie de grandes escudos nobiliarios de portadas de palacios) avaloran esta guía, espléndidamente editada en papel couché. Se extiende a información histórica de la famosísima Cueva de Altamira, que ha sido llamada «Capilla Sixtina del arte prehistórico», y a la descripción de sus pinturas.—R. del Arco.

ARTÍCULOS

ABBAD RÍOS, FRANCISCO: *Algunas iglesias románicas del Pirineo*. «Pirineos», enero-diciembre 1951, págs. 529-540.

En este trabajo de la publicación del Instituto de Estudios Pirenaicos, el nuevo catedrático de la Universidad de Oviedo, don Francisco Abbad, estudia varias iglesias del norte de la provincia de Zaragoza, sitas entre la cordillera pirenaica y la sierra de la Peña, en los valles de Roncal, Veral, Pintano y Onsella. Perteneció esta comarca al monasterio de San Juan de la Peña. Sus templos románicos son de modestas proporciones, obras de maestros locales que siguieron las enseñanzas recibidas de alguna obra de mayor fuste, en ocasiones la catedral de Jaca y la iglesia monacal de Santa Cruz de la Serós. Sus estructuras se conservan, por lo general, intactas. La más antigua es la de Bagüés, perteneciente al tipo catalán, perteneciente a los últimos años del siglo xi, más relacionada con el arte del grupo ribagorzano y catalán que con el del valle del Gállego y de la comarca de Jaca, más cercanos. Escó, del siglo xii; semejante a ésta la de San Martín de Artieda, en la orilla derecha del río Aragón, de mediada aquella centuria, lo mismo que la de San Esteban de Urríes, más intacta. Undués, Pintano y Navardún son, probablemente, del final del siglo xi, como la de Murillo de Gállego en la cripta, con dos interesantes capiteles; la iglesia alta es bastante más tardía, muy entrado el siglo xii. El autor opina que ésta es el modelo arquitectónico de la cercana de Agüero, de la más alejada de Luesia, y un eslabón en la serie de las románicas aragonesas de tres naves. Es un interesante estudio de primera mano. Lleva fotografías, plantas y alzados. —R. del Arco.

ARCO, RICARDO DEL: *Sobre numismática aragonesa del tiempo de los Reyes Católicos*. «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón» (Zaragoza), V, 1952, págs. 499-509.

Gracias a los documentos hasta ahora inéditos que da a conocer el señor Del Arco, hay que atribuir a este artículo la mayor importancia para la ampliación de las escasas noticias documentales conocidas sobre numismática aragonesa del tiempo de los Reyes Católicos. Estudia primeramente el autor los documentos citados por Ignacio de Asso, en 1798, en su *Historia de la economía política de Aragón*, y que ya transcribió en su obra *La erudición española en el siglo xvii y el cronista de Aragón Andrés de Uzlarroz* (1950). Se refiere a continuación a la penuria de moneda aragonesa a fines del siglo xv y analiza y publica por vez primera la larga cédula, relativa a la acuñación de moneda en Zaragoza, que el protonotario real Felipe Climente presentó a las Cortes en 1488, siendo aprobada por ellas; el documento se conserva en el Archivo de la Diputación de Zaragoza con el núm. 67. Otros dos documentos referidos al mismo tema, que publica el señor Del Arco, pertenecen a actos de Corte de 1495 (Tarazona) y 1502 (Zaragoza); de este último transcribe también el extracto que hizo Jerónimo de Blancas. Ambos documentos se conservan, respectivamente, en el Archivo de la Diputación de Zaragoza y en la Biblioteca del Palacio Real, y van detalladamente descritos.

El artículo concluye con unas observaciones sobre documentos publicados en la obra *Les monedes catalanes* de J. Botet y Sisó. Hay asimismo unas alusiones a la Casa de la Moneda de Zaragoza y a los maestros mayores de su ceca Gabriel Sánchez y Luis Sánchez, su hijo, cuyas iniciales G. S. y L. S., que se ven en algunas monedas de don Fernando, fueron erróneamente interpretadas por Alois Heiss como marcas de ensayadores.—*M. D.*

BALAGUER, FEDERICO: *La Vizcondesa del Bearn doña Talea y la rebelión contra Ramiro II en 1136.* «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», V, 1952, págs. 83-114.

Gastón IV, Vizconde de Bearn, es la figura más simpática e interesante de cuantas extranjeras aparecen ayudando a los reyes de Aragón Sancho Ramírez, Pedro I y Alfonso I en sus empresas de reconquista, procedentes del sur de Francia. Confidente y auxiliar poderoso del Rey Batallador, muerto en su servicio, estuvo casado con una aragonesa: doña Talea, hija del conde Sancho Ramírez, bastardo de Ramiro I de Aragón, y de la vizcondesa de Montaner. El señor Balaguer, con investigaciones propias y utilizando las noticias de Marseillon, Jaurgain y Miret y Sans, traza el diseño de la vida de esta mujer de temple, con influencia en los acontecimientos políticos, que vivió en los últimos años del siglo XI y rebasó la segunda mitad del siguiente. Hizo fundaciones piadosas y protegió al hospital de Santa Cristina de Summo Portu, llegó a ser señora de Zaragoza por los méritos adquiridos en la toma de esta ciudad, en 1118, por su marido; señorío que perdió por la entrega a Alfonso VII de Castilla.

Especializado el autor en el estudio del reinado de Ramiro II el Monje, examina la crisis de 1135, el afianzamiento del monarca en el trono, la rebelión de la fortaleza de Uncastillo y la participación en la misma de doña Talea. Se ignora la fecha exacta de la muerte de ésta. Un apéndice de cinco documentos da fin al meritorio trabajo del señor Balaguer, el cual viene a sumarse a otros igualmente documentados y de sesuda crítica del erudito oscense.—*R. del Arco.*

POST, CHANDLER R.: *Contributions to the understanding of Catalan Painting of the fifteenth century.* «The Art Quarterly», 1951, págs. 107-119.

El hispanista Chandler Post, autor de la monumental *History of Spanish Painting*, profundo conocedor de la pintura española, viene publicando asiduamente interesantes estudios sobre el arte cuatrocentista, tanto en diversas revistas como en los apéndices de los nuevos tomos de su obra. En el que hoy nos ocupa, Post, poniendo a contribución sus extensos conocimientos y las investigaciones y hallazgos más recientes, estudia interesantes aspectos de la pintura catalana del siglo XV: Jaime Cirera, retablos de la escuela de Borrás y posible identificación de los denominados maestro Vallmoll y maestro Muntaner. Este estudio, no obstante referirse a la pintura catalana, es muy interesante también para la historia de la pintura aragonesa, dada la influencia que los maestros catalanes ejercieron en sus colegas de nuestra región. Ilustran el artículo numerosos fotograbados que reproducen bellas tablas de museos catalanes y de colecciones particulares.—*Federico Balaguer.*

TORRES BALBÁS, LEOPOLDO: *La arquitectura mudéjar en Aragón. Las iglesias de Daroca*. «Archivo Español de Arte», julio-septiembre 1952, págs. 209-221.

El autor comienza su trabajo expresando que la arquitectura mudéjar aragonesa difiere radicalmente de la de las restantes regiones españolas—Castilla, Andalucía—. Lampérez le dedicó poca atención en su gran obra sobre la arquitectura religiosa española. López Landa publicó un buen estudio de las iglesias gótico-mudéjares del arcedianado de Calatayud. Yo he dado una visión de conjunto en mi obra *Aragón*.

Daroca fué conquistada por Alfonso I de Aragón y poblada en 1143. Conserva algunas iglesias románicas, jalones valiosos para el estudio del arte románico del bajo Aragón. Balbás examina los ábsides de Santa María y San Miguel. Coinciden en tener bajo su cornisa de piedra, apeada en modillones, una serie de arquillos ciegos, volados también sobre ménsulas. Los constructores de estos templos procederían del norte de Aragón y Cataluña, donde hay cornisas parecidas. Los maestros románicos que labraron las cornisas de estos ábsides debieron de inspirarse para los modillones en los de construcciones islámicas. Semejantes los hubo en la mezquita principal de Tudela. El ábside semicircular de la modesta iglesia de San Juan, antes de llegar a media altura, sería construido por alarifes moros, que terminaron la obra de ladrillo.

El campanario monumental y esbelto de la iglesia de Santo Domingo es de piedra en la parte inferior y de ladrillo en el resto, entre esquinales de sillares, de la misma inspiración, imitando el ábside de San Miguel. Ha desaparecido la bella torre de la iglesia de Santiago, la cual aun vió Quadrado, acaso la más antigua de las mudéjares de Aragón, anterior a la de la catedral de Teruel.

No cree el autor que se conserven en Aragón otros restos de arquitectura mudéjar contemporáneos del desarrollo de la románica. Escasas son también las huellas de la última al sur del Ebro.—*R. del Arco*.

UBIETO ARTETA, ANTONIO: *La creación de la cofradía militar de Belchite*. «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», V (1952), págs. 427-434.

Aprovechando un documento de Montearagón, conocido y estudiado ya por el P. Huesca, Peter Rassow puso de relieve la importancia que había tenido la cofradía militar de Belchite, creada por el rey aragonés Alfonso el Batallador y confirmada por Alfonso VII de Castilla, pero se desconocía la fecha exacta de su erección. Ubieta Arteta, estudiando con su habitual pericia las listas de obispos confirmantes, la fija en el año 1122. Se apoya, principalmente, en la confirmación del abad de Leire y en la ausencia del obispo de Pamplona, sede que estuvo vacante desde el 6 de febrero de 1121 hasta el mes de mayo de 1122. La mención del arzobispo de Toledo como legado del Papa comprueba estas fechas, pues el Papa nombró legado a don Bernardo por bula expedida el día 3 de noviembre de 1121. Al mismo tiempo, Ubieta Arteta rectifica fechas y menciones de varios documentos aragoneses y navarros.—*Federico Balaguer*.

HIGOUNET, CH.: *Un mapa de las relaciones monásticas transpirenaicas en la Edad Media*. «Pirineos», 1951, págs. 543-552.

En este estudio, traducido del francés por A. Ubieta, el autor, que ha escrito otros trabajos afines al tema, traza un mapa de las relaciones monásticas y religiosas en la

época de la Reconquista entre las dos vertientes pirenaicas; relaciones que demuestran una vez más la inexistencia de la barrera montañosa en el medievo. Traza los caminos pirenaicos, los altos puertos y las grandes vías orientales y occidentales. Con ello se aprecia el avance de la reconquista aragonesa. Las vías seguidas por los cluniacenses no pasaron de Barcelona, Barbastro, Egea y el camino de Santiago; pero las que recorrieron los monjes cistercienses alcanzaron el Ebro y atravesaron su valle más allá de Tudela y Zaragoza. Asimismo, de esto se deduce cuál fué el área de relaciones que agruparon, antes del siglo XIII, los países del mediodía gascón y languedociano y los de las vertientes navarra, aragonesa y catalana.—*R. del Arco.*

RIUS SERRA, J.: *Aportaciones sobre médicos judíos en Aragón en la primera mitad del siglo XIV.* «Sefarad», 1952, fasc. II, págs. 337-350.

Tomadas de los registros de Cancillería del Archivo de la Corona de Aragón, el autor aporta noticias de judíos que ejercieron la medicina en los primeros años del reinado de Pedro IV, que hay que añadir a los que dieron a conocer Jorge Rubió, Miret y Sans y Comenge, además de los que se mencionan en la obra clásica de Baer. Son maestre Alatzar, muy influyente en la corte real desde los días de Jaime II, al parecer de Borja: en 1339 el rey le confirmó la posesión de la escribanía de los judíos de Huesca, que le había sido concedida con anterioridad; Anrahim Alleva, de Zaragoza; a petición de los frailes agustinos de la ciudad, en 29 de diciembre de 1322, el rey ordenó que no se procediese contra este médico por deudas a su aljama; Vidal, médico de Barbastro, vicebaile en la ciudad; Azaria Aben Jacob, médico de Zaragoza; por curandero, fué procesado en 1340 el carpintero moro de la misma ciudad Mahomat Peix, causante de muertes en el ejercicio de la medicina, y Juan de Alfaro, acusado de haber administrado sustancias venenosas a la reina doña Leonor. Muchos médicos judíos mantenían excelentes relaciones con la Casa Real, prelados y conventos. El autor publica la transcripción de quince documentos inéditos, que ilustran este breve estudio.—*R. del Arco.*

ARTÍCULOS

ABBAD RÍOS, FRANCISCO: *Algunas iglesias románicas del Pirineo*. «Pirineos», enero-diciembre 1951, págs. 529-540.

En este trabajo de la publicación del Instituto de Estudios Pirenaicos, el nuevo catedrático de la Universidad de Oviedo, don Francisco Abbad, estudia varias iglesias del norte de la provincia de Zaragoza, sitas entre la cordillera pirenaica y la sierra de la Peña, en los valles de Roncal, Veral, Pintano y Onsella. Perteneció esta comarca al monasterio de San Juan de la Peña. Sus templos románicos son de modestas proporciones, obras de maestros locales que siguieron las enseñanzas recibidas de alguna obra de mayor fuste, en ocasiones la catedral de Jaca y la iglesia monacal de Santa Cruz de la Serós. Sus estructuras se conservan, por lo general, intactas. La más antigua es la de Bagüés, perteneciente al tipo catalán, perteneciente a los últimos años del siglo xi, más relacionada con el arte del grupo ribagorzano y catalán que con el del valle del Gállego y de la comarca de Jaca, más cercanos. Escó, del siglo xii; semejante a ésta la de San Martín de Artieda, en la orilla derecha del río Aragón, de mediada aquella centuria, lo mismo que la de San Esteban de Urríes, más intacta. Undués, Pintano y Navardún son, probablemente, del final del siglo xi, como la de Murillo de Gállego en la cripta, con dos interesantes capiteles; la iglesia alta es bastante más tardía, muy entrado el siglo xii. El autor opina que ésta es el modelo arquitectónico de la cercana de Agüero, de la más alejada de Luesia, y un eslabón en la serie de las románicas aragonesas de tres naves. Es un interesante estudio de primera mano. Lleva fotografías, plantas y alzados.—R. del Arco.

ARCO, RICARDO DEL: *Sobre numismática aragonesa del tiempo de los Reyes Católicos*. «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón» (Zaragoza), V, 1952, págs. 499-509.

Gracias a los documentos hasta ahora inéditos que da a conocer el señor Del Arco, hay que atribuir a este artículo la mayor importancia para la ampliación de las escasas noticias documentales conocidas sobre numismática aragonesa del tiempo de los Reyes Católicos. Estudia primeramente el autor los documentos citados por Ignacio de Asso, en 1798, en su *Historia de la economía política de Aragón*, y que ya transcribió en su obra *La erudición española en el siglo xvii y el cronista de Aragón Andrés de Uztaroz* (1950). Se refiere a continuación a la penuria de moneda aragonesa a fines del siglo xv y analiza y publica por vez primera la larga cédula, relativa a la acuñación de moneda en Zaragoza, que el protonotario real Felipe Climente presentó a las Cortes en 1488, siendo aprobada por ellas; el documento se conserva en el Archivo de la Diputación de Zaragoza con el núm. 67. Otros dos documentos referidos al mismo tema, que publica el señor Del Arco, pertenecen a actos de Corte de 1495 (Tarazona) y 1502 (Zaragoza); de este último transcribe también el extracto que hizo Jerónimo de Blancas. Ambos documentos se conservan, respectivamente, en el Archivo de la Diputación de Zaragoza y en la Biblioteca del Palacio Real, y van detalladamente descritos.

El artículo concluye con unas observaciones sobre documentos publicados en la obra *Les monedes catalanes* de J. Botet y Sisó. Hay asimismo unas alusiones a la Casa de la Moneda de Zaragoza y a los maestros mayores de su ceca Gabriel Sánchez y Luis Sánchez, su hijo, cuyas iniciales G. S. y L. S., que se ven en algunas monedas de don Fernando, fueron erróneamente interpretadas por Alois Heiss como marcas de ensayadores.—*M. D.*

BALAGUER, FEDERICO: *La Vizcondesa del Bearn doña Tulesa y la rebelión contra Ramiro II en 1136.* «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», V, 1952, págs. 83-114.

Gastón IV, Vizconde de Bearn, es la figura más simpática e interesante de cuantas extranjeras aparecen ayudando a los reyes de Aragón Sancho Ramírez, Pedro I y Alfonso I en sus empresas de reconquista, procedentes del sur de Francia. Confidente y auxiliar poderoso del Rey Batallador, muerto en su servicio, estuvo casado con una aragonesa: doña Tulesa, hija del conde Sancho Ramírez, bastardo de Ramiro I de Aragón, y de la vizcondesa de Montaner. El señor Balaguer, con investigaciones propias y utilizando las noticias de Marseillon, Jaurgain y Miret y Sans, traza el diseño de la vida de esta mujer de temple, con influencia en los acontecimientos políticos, que vivió en los últimos años del siglo XI y rebasó la segunda mitad del siguiente. Hizo fundaciones piadosas y protegió al hospital de Santa Cristina de Summo Portu, llegó a ser señora de Zaragoza por los méritos adquiridos en la toma de esta ciudad, en 1118, por su marido; señorío que perdió por la entrega a Alfonso VII de Castilla.

Especializado el autor en el estudio del reinado de Ramiro II el Monje, examina la crisis de 1135, el afianzamiento del monarca en el trono, la rebelión de la fortaleza de Uncastillo y la participación en la misma de doña Tulesa. Se ignora la fecha exacta de la muerte de ésta. Un apéndice de cinco documentos da fin al meritorio trabajo del señor Balaguer, el cual viene a sumarse a otros igualmente documentados y de sesuda crítica del erudito oscense.—*R. del Arco.*

POST, CHANDLER R.: *Contributions to the understanding of Catalan Painting of the fifteenth century.* «The Art Quarterly», 1951, págs. 107-119.

El hispanista Chandler Post, autor de la monumental *History of Spanish Painting*, profundo conocedor de la pintura española, viene publicando asiduamente interesantes estudios sobre el arte cuatrocentista, tanto en diversas revistas como en los apéndices de los nuevos tomos de su obra. En el que hoy nos ocupa, Post, poniendo a contribución sus extensos conocimientos y las investigaciones y hallazgos más recientes, estudia interesantes aspectos de la pintura catalana del siglo XV: Jaime Cirera, retablos de la escuela de Borrás y posible identificación de los denominados maestro Vallmoll y maestro Muntaner. Este estudio, no obstante referirse a la pintura catalana, es muy interesante también para la historia de la pintura aragonesa, dada la influencia que los maestros catalanes ejercieron en sus colegas de nuestra región. Ilustran el artículo numerosos fotograbados que reproducen bellas tablas de museos catalanes y de colecciones particulares.—*Federico Balaguer.*

TORRES BALBÁS, LEOPOLDO: *La arquitectura mudéjar en Aragón. Las iglesias de Daroca*. «Archivo Español de Arte», julio-septiembre 1952, págs. 209-221.

El autor comienza su trabajo expresando que la arquitectura mudéjar aragonesa difiere radicalmente de la de las restantes regiones españolas—Castilla, Andalucía—. Lampérez le dedicó poca atención en su gran obra sobre la arquitectura religiosa española. López Landa publicó un buen estudio de las iglesias gótico-mudéjares del arcedianado de Calatayud. Yo he dado una visión de conjunto en mi obra *Aragón*.

Daroca fué conquistada por Alfonso I de Aragón y poblada en 1143. Conserva algunas iglesias románicas, jalones valiosos para el estudio del arte románico del bajo Aragón. Balbás examina los ábsides de Santa María y San Miguel. Coinciden en tener bajo su cornisa de piedra, apeada en modillones, una serie de arquillos ciegos, volados también sobre ménsulas. Los constructores de estos templos procederían del norte de Aragón y Cataluña, donde hay cornisas parecidas. Los maestros románicos que labraron las cornisas de estos ábsides debieron de inspirarse para los modillones en los de construcciones islámicas. Semejantes los hubo en la mezquita principal de Tudela. El ábside semicircular de la modesta iglesia de San Juan, antes de llegar a media altura, sería construido por alarifes moros, que terminaron la obra de ladrillo.

El campanario monumental y esbelto de la iglesia de Santo Domingo es de piedra en la parte inferior y de ladrillo en el resto, entre esquinales de sillares, de la misma inspiración, imitando el ábside de San Miguel. Ha desaparecido la bella torre de la iglesia de Santiago, la cual aun vió Quadrado, acaso la más antigua de las mudéjares de Aragón, anterior a la de la catedral de Teruel.

No cree el autor que se conserven en Aragón otros restos de arquitectura mudéjar contemporáneos del desarrollo de la románica. Escasas son también las huellas de la última al sur del Ebro.—*R. del Arco*.

UBIETO ARTETA, ANTONIO: *La creación de la cofradía militar de Belchite*. «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», V (1952), págs. 427-434.

Aprovechando un documento de Montearagón, conocido y estudiado ya por el P. Huesca, Peter Rassow puso de relieve la importancia que había tenido la cofradía militar de Belchite, creada por el rey aragonés Alfonso el Batallador y confirmada por Alfonso VII de Castilla, pero se desconocía la fecha exacta de su erección. Ubieto Arteta, estudiando con su habitual pericia las listas de obispos confirmantes, la fija en el año 1122. Se apoya, principalmente, en la confirmación del abad de Leire y en la ausencia del obispo de Pamplona, sede que estuvo vacante desde el 6 de febrero de 1121 hasta el mes de mayo de 1122. La mención del arzobispo de Toledo como legado del Papa comprueba estas fechas, pues el Papa nombró legado a don Bernardo por bula expedida el día 3 de noviembre de 1121. Al mismo tiempo, Ubieto Arteta rectifica fechas y menciones de varios documentos aragoneses y navarros.—*Federico Balaguer*.

HIGOUNET, CH.: *Un mapa de las relaciones monásticas transpirenaicas en la Edad Media*. «Pirineos», 1951, págs. 543-552.

En este estudio, traducido del francés por A. Ubieto, el autor, que ha escrito otros trabajos afines al tema, traza un mapa de las relaciones monásticas y religiosas en la

época de la Reconquista entre las dos vertientes pirenaicas; relaciones que demuestran una vez más la inexistencia de la barrera montañosa en el medievo. Traza los caminos pirenaicos, los altos puertos y las grandes vías orientales y occidentales. Con ello se aprecia el avance de la reconquista aragonesa. Las vías seguidas por los cluniacenses no pasaron de Barcelona, Barbastro, Egea y el camino de Santiago; pero las que recorrieron los monjes cistercienses alcanzaron el Ebro y atravesaron su valle más allá de Tudela y Zaragoza. Asimismo, de esto se deduce cuál fué el área de relaciones que agruparon, antes del siglo XIII, los países del mediodía gascón y languedociano y los de las vertientes navarra, aragonesa y catalana.—*R. del Arco.*

RIUS SERRA, J.: *Aportaciones sobre médicos judíos en Aragón en la primera mitad del siglo XIV.* «Sefarad», 1952, fasc. II, págs. 337-350.

Tomadas de los registros de Cancillería del Archivo de la Corona de Aragón, el autor aporta noticias de judíos que ejercieron la medicina en los primeros años del reinado de Pedro IV, que hay que añadir a los que dieron a conocer Jorge Rubió, Miret y Sans y Comenge, además de los que se mencionan en la obra clásica de Baer. Son maestre Alatzar, muy influyente en la corte real desde los días de Jaime II, al parecer de Borja: en 1339 el rey le confirmó la posesión de la escribanía de los judíos de Huesca, que le había sido concedida con anterioridad; Anrahim Alleva, de Zaragoza; a petición de los frailes agustinos de la ciudad, en 29 de diciembre de 1322, el rey ordenó que no se procediese contra este médico por deudas a su aljama; Vidal, médico de Barbastro, vicebaile en la ciudad; Azaria Aben Jacob, médico de Zaragoza; por curandero, fué procesado en 1340 el carpintero moro de la misma ciudad Mahomat Peix, causante de muertes en el ejercicio de la medicina, y Juan de Alfaro, acusado de haber administrado sustancias venenosas a la reina doña Leonor. Muchos médicos judíos mantenían excelentes relaciones con la Casa Real, prelados y conventos. El autor publica la transcripción de quince documentos inéditos, que ilustran este breve estudio.—*R. del Arco.*